

Prédica 18-09-2022

Esta mañana me fijo con ustedes en la última frase que se pronunció una vez en una conferencia. Estas frases resumen cómo vivimos los creyentes. Movidos por la acción de Dios, prestamos atención a la participación de muchos y a la eficacia de nuestras acciones.

Esta frase lleva inicialmente mis pensamientos en diferentes direcciones.

¿Cómo se relaciona la acción de Dios con nuestra acción?

¿Por qué es necesaria la cooperación de muchos?

¿Y cómo podemos comprobar la eficacia de nuestras acciones?

Movido por la acción de Dios

Esto puede parecer una contradicción: Nos dejamos mover por la acción de Dios y prestamos atención a nuestra cooperación. ¿No tenemos que dejar de hacer y trabajar para que Dios trabaje, para que reconozcamos y permitamos el trabajo de Dios?

Podemos fácilmente malinterpretar la conexión entre nuestro hacer y el hacer de Dios y verlo como una contradicción.

La Reforma redescubrió la importancia de permitir que la obra de Dios sea válida. Esto sigue siendo un gran reto. Al fin y al cabo, todos queremos contribuir. A los humanos nos resulta fundamentalmente difícil ser dependientes y sentirnos inadecuados.

Sin embargo, la gracia de Dios de la que dependemos es grande y completa. Nos permite y posibilita el aprendizaje y la receptividad. Nos guía por el camino de Dios en nuestro mundo. Nos da confianza. Y así nos convertimos en participantes. Esto es exactamente lo que Pablo describe en Romanos 12: 1-8. Más bien, esfuércese por hacer una autoevaluación sobria. Y cada uno como Dios le ha ordenado, y según la norma de la fe.

Es como nuestro cuerpo: el único cuerpo consta de muchas partes, pero no todas tienen la misma función. Así también los muchos que pertenecen a Cristo forman juntos un solo cuerpo. Pero tomados individualmente, somos como diferentes partes de un cuerpo que, sin embargo, pertenecen juntas. Es así como cuando el ratón le dice al elefante: "Cómo hacemos que el puente se tambalee."

Movidos por la acción de Dios, prestamos atención a la participación de muchos.

Y cuando Dios nos acoge entonces en su proyecto en el mundo con lo que aportamos y ofrecemos, se aplica de nuevo el orden divino especial: todos podemos participar. Nuestras contribuciones son diferentes y todas son bienvenidas. No se valora lo brillante y llamativo, sino lo improbable, lo que se pasa por alto fácilmente.

Si nos movemos por la obra de Dios, por la gracia de Dios, no podemos dejar de aprender e imitar algo de la forma en que se clasifican y aprecian las contribuciones de Dios.

Entonces no se trata tanto de que las cosas se vean bien a mis ojos, sino de que alguien participe y ofrezca algo. Entonces, el número de cocineros que tenían cucharas en la sartén cuenta más que el número de puntos Gault Millau que obtiene un plato. Entonces algo tiene éxito porque mucha gente puede decir: "Eso es lo nuestro", en lugar de que todo vaya como un reloj.

Y como es con la gracia de Dios, tenemos que permitirnos cuestionar más a menudo lo que nos parece tan importante.

Ahora puede parecer agotador. Pero la belleza es que cuando dejamos que la gracia de Dios nos guíe, se nos da mucho más espacio: Espacio para jugar, para aprender, para ser, para llorar y para descansar. Y cuanto más lo hagamos, más espacio tendrán los que nos rodean para jugar, reír, aprender y descansar.

O, como dice Pablo, podemos entonces dedicarnos a nuestras propias tareas, sin segundas intenciones y con alegría:

Tenemos diferentes dones como Dios nos los ha dado en su gracia: Si alguien tiene el don de hablar como profeta, que lo haga según la fe. 7 Si alguien tiene el don de asumir tareas en la iglesia, que haga este servicio en la iglesia. Si alguien tiene el don de enseñar, que actúe como maestro. 8 Si alguien tiene el don de animar, que anime. Si alguien da, que lo haga sin segundas intenciones. Los que se ocupan de la comunidad deben hacerlo con devoción. Los que se ocupan de los necesitados deben alegrarse.

Movidos por la obra de Dios, prestamos atención a la participación de muchos y a la eficacia de nuestras acciones.

A primera vista, prestar atención a la eficacia suena un poco a "gran negocio": Puntos de referencia y varas de medir, herramientas de gestión para la evaluación.

Aunque estos pasos son y pueden ser útiles, no creo que sean un primer principio para nuestro trabajo, para nuestra vida como cristianos.

Pero cuando observamos lo que Dios está haciendo y cómo lo está haciendo, se plantea la cuestión de nuestra eficacia, de lo que estamos haciendo como contribuyentes.

Lo que Dios hace y cómo lo hace en nosotros es gracia, generosa, variada, sorprendente, pero nunca arbitraria. Por eso la gracia de Dios no es una absolución para hacer lo que queremos y decir después: "Al fin y al cabo teníamos buena intención".

Por supuesto se nos permite cometer errores y volver a intentarlo y aprender. Es precisamente éste intento y aprendizaje lo que nos lleva a sincerarnos sobre nuestro trabajo: qué provocamos, qué, como trabajamos.

Cuanto mejor comprendemos la gracia de Dios, mas capaces seremos de ser corregidos y de aprender. Cuanto antes pongamos nuestra vida, con nuestro dinero, con nuestra capacidad, con nuestra voluntad, con nuestro pensamiento y con nuestra union a disposicion de Dios.

Y quien quier vivir con un proposito menor en nuestro tiempo que el de servir a Dios?